

LECTORA EN EL TREN

Lema: AMOR OMNIA VINCIT

Cuando a las 17,35 horas del 20 de septiembre de 1961 Marina Hägel se sentó en el cuarto vagón del expreso Basilea-Zurich no sabía que era viuda. Tan sólo unos minutos antes el Mercedes negro del Dr. Hägel se había salido de la carretera en una recta y chocado con un grueso tilo de hoja ancha. Él y su joven acompañante salieron despedidos del vehículo y quedaron tendidos en la hierba, la mano de él sobre la cara destrozada de la joven. Ambos murieron en el acto.

En la red portaequipajes encontró un libro sin sobrecubierta, de pastas blancas desprovistas de título en las que sólo figuraban, desdibujadas, las iniciales A Z. Un señor se quitó el sombrero y dobló su gabardina con sumo cuidado en el asiento de enfrente.

—Buenas tardes —dijo ella.

El viajero le respondió y saludó con una leve inclinación de su elegante cabeza perfectamente rasurada, se colocó unas finas gafas de montura de aluminio y se puso a leer el diario La Liberté. La señora Hägel miró por la ventanilla ante el estruendo causado por una locomotora diésel que circulaba por la vía contigua y dejaba un tufo acre de combustible mal quemado. El viajero arrugó la nariz e hizo un gesto de desagrado. Aún quedaban dos minutos para que el tren partiera. La luz del vagón parpadeó ligeramente, la señora Hägel abrió el libro.

El marido de la protagonista tenía cuarenta y ocho años, como el suyo, y también era cardiólogo, catedrático en la universidad, mediocre jugador de golf y coleccionista de sellos. La señora Hägel sonrió y luego sintió algo de frío, se puso de pie, cogió la chaqueta y se la echó sobre los hombros. El hombre sentado frente a ella le miró las piernas enfundadas en medias negras. La señora Hägel pensó que hacía años que su marido no la miraba así y entonces tocó el reloj de oro que le acababa de regalar por su cumpleaños con un gesto seco, como de simple transacción comercial.

—El año que viene cuarenta, querida. Ya vas siendo una mujer —le dijo.

La señora Hägel volvió a la lectura y se enteró de que el cardiólogo se había casado con una mujer nueve años menor que era manceba en una farmacia y tenía una abuela nórdica. La señora Hägel se estremeció. El revisor le pidió el billete y ella se sonrojó porque no daba con él y no sonrió con alivio hasta que oyó el click del taladro que lo validaba. Se pellizcó el brazo, abrió el libro no sin cierta aprensión y leyó que el médico tenía una historia con la recepcionista de su consulta, una chica de veintiocho años estilizada y elegante que hablaba perfectamente francés y alemán. Y también italiano con gracioso acento.

—Karla —susurró.

La señora Hägel se removió en el asiento, el señor sentado frente a ella la miró con disimulo por encima del periódico. La mujer dejó el libro sobre el vacío asiento contiguo y miró por la ventanilla. Entre un cúmulo de nubes bajas, unas aves volaban formando una uve perfecta. El tren traqueteó en una curva. La mujer retomó el libro, el billete recién taladrado usado como marcapáginas, y volvió a la lectura. Atribuyó a la casualidad el que la protagonista manifestara su gusto por la ópera, pero a punto estuvo de gritar al leer sobre su aborto y la imposibilidad para volver a tener hijos. El libro se le cayó al suelo y ella se quedó mirándolo. El señor dobló cuidadosamente el periódico, se agachó a recogerlo y se lo ofreció.

—¿Le pasa algo, *madame*?

—Nada, gracias —le contestó ella, cogió el libro con las puntas de los dedos y lo dejó en el asiento de al lado.

La señora Hägel volvía de pasar unos días con su madre enferma y había aprovechado para pensar en su relación de pareja sin la presencia de su marido, al que cada día sentía más distante. Y allí en el tren recordó a Karla, tan amable, tan natural, con esa belleza sencilla y un punto algo exótico que no dejaba de llamar la atención. Repasó algunos episodios de los últimos meses y sí, alguno encajaba en sus tímidas sospechas, alguno había sido descrito con bastante detalle en las páginas del libro. Sintió una corriente fría que le subía médula espinal arriba, tomó el libro con las manos algo temblorosas, buscó la página por la que iba y en unos

minutos dio fin a la lectura del capítulo en el que el Mercedes negro del médico se estrella contra un árbol y él y su acompañante fallecen.

La señora Hägel se puso de pie y abrió la ventanilla. Durante un par de minutos el aire refrescó su cara y alborotó su corta melena rubia. Cuando se sentó tenía la nariz enrojecida y los ojos lacrimosos. El viajero de enfrente desdobló un pañuelo de un blanco immaculado con unas iniciales góticas bordadas en azul en una esquina y se lo ofreció.

—Permítame —dijo.

—Gracias —le contestó ella a la vez que hacía un gesto de negación con la cabeza y sacaba un pequeño pañuelo del bolsillo de la chaqueta—. Ha debido entrarme algo —y se lo pasó por los ojos. Luego, discretamente, se sonó.

El señor volvió al periódico; la señora Hägel guardó el pañuelo, se pasó los dedos por el pelo, miró el libro, se examinó las uñas durante unos minutos. Unas nubes oscurecieron el cielo, un tren de carga cruzó por la derecha con estrépito. La señora Hägel cogió el libro, lo colocó de canto con las páginas hacia arriba y las hojeó con el pulgar varias veces de principio a fin. Luego repitió la operación, más despacio, y abrió el libro al azar por donde su pulgar había quedado. Leyó una confusa descripción de un derrumbe, un desplome o algo similar y a una mujer en bicicleta que pedía ayuda a los transeúntes. Volvió a hojear las páginas y el azar la llevó a un encuentro inesperado de una pareja que llevaba años sin verse y se había conocido en una visita al palacio de Schönbrunn. La señora Hägel cerró el libro, lo tiró al asiento contiguo y se puso de pie. Le faltaba el aire. Sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña guía de ferrocarriles y se dio cuenta de que el tren pararía en tres minutos. No se fijó en donde. Recogió su pequeña maleta y se dispuso a bajar.

—Que tenga un buen día, *madame* —le dijo el viajero.

Ella contestó con un gracias casi inaudible, bajó del tren y le entregó la maleta a un mozo al que le indicó que le pidiera un taxi.

—Lléveme al mejor hotel.

En el *lounge* del Majestic, junto a un piano de cola, un hombre con traje negro y estrecha corbata roja soltó su copa, se levantó de su alto taburete de cuero negro y fue hacia ella, que se dirigía a la recepción en busca de un teléfono. La alcanzó tras varias zancadas elásticas, presurosas.

—¡Marina! —le dijo.

Ella se giró y al verlo, la maleta se le cayó al suelo. Enrojeció, en la garganta sentía los latidos del corazón. Él le sonrió.

—Marina, ¡cuánto tiempo! ¡Estás como siempre! Igual que te recordaba...

La señora Hägel echó a andar hacia el bar y, con dificultad, consiguió pedir un vaso de agua. El hombre la siguió muy serio.

—¿Qué te ocurre, Marina, no te acuerdas de mí? ¿Qué te pasa?

La mujer acabó el agua, se llevó las yemas de los índices a las sienes y cerró los ojos por unos segundos.

—¿Quieres que llame a un médico? —le dijo él.

—¡Dime que nuestras vidas no están escritas! —dijo ella—. Por favor, Stefan, ¡dímelo!

El hombre le cogió las manos y la miró a los ojos.

—Marina... —dijo.

—Necesito un teléfono.

Media hora después, tras haber recreado su fortuito encuentro en Viena y los tres años de noviazgo, roto, ahora él se lo confesó, por oscuros intereses de su familia, ella se levantó para volver al teléfono.

—Y al final el divorcio —le dijo él—. Ahora soy de nuevo un hombre libre.

—Tengo que llamar —le respondió ella.

Unos minutos después marchaban casi en silencio hacia el *restaurant* Les Normands, del que él era cliente habitual.

—Es muy extraño que no haya nadie en casa —dijo ella—. Los miércoles tiene consulta a estas horas.

—Seguro que todo tiene una explicación —le dijo él.

Al doblar una esquina se cruzaron con una mujer en bicicleta. Marina se detuvo, unos metros más allá había unos andamios bajo un edificio apuntalado.

—Volvamos al hotel —dijo.

—Pero... —dijo él.

—Volvamos al hotel —repitió ella con la voz crispada, la mirada puesta en los maderos que se le antojaban tambaleantes.

Regresaron. Llamó de nuevo por teléfono a su casa y nadie contestó. Se quedaron a cenar en el hotel. Él se interesó por su vida.

—¿Están escritas nuestras vidas, Stefan? —dijo ella, que apenas había probado la ensalada— ¿No somos más que actores que interpretamos nuestro papel?

El hombre apuró la copa de vino. Luego alargó una mano y la puso sobre la suya.

—No puedo entender qué te pasa, Marina.

—Cuando alguien conteste al teléfono te lo diré —dijo ella y se levantó para volver a llamar.

Stefan también conducía un Mercedes negro y escuchaba, sin dar crédito, la historia que ella contaba de manera atropellada. La señora Hägel se pellizcaba el brazo a cada instante y entre lágrimas la repetía una y otra vez, como si ella misma hubiera de creerla.

—¡No estoy loca! ¡No estoy loca! —decía. Y añadía: más rápido, Stefan, más rápido.

—Ya casi estamos —dijo él poco antes de una señal que indicaba que quedaban 2 km para llegar a Zurich.

—Ese libro... —dijo la señora Hägel—. ¡Ese libro...!

En el primero de los semáforos una mujer en bicicleta paró a su lado. La señora Hägel se estremeció antes de oír los frenos del camión que derrapó en la curva y dejó caer varias toneladas de madera sobre el vehículo que ocupaban. La ciclista gritó pidiendo ayuda. En esos momentos en la estación de Zurich un hombre calvo guardaba un libro blanco en el bolsillo de su gabardina junto a un pañuelo con las iniciales A Z bordadas en azul.